

**PANORAMA PREHISTORICO DE LA COSTA CARIBE
COLOMBIANA.**

Alvaro Chaves Mendoza

La región de la costa Caribe tuvo un papel determinante en el desarrollo prehispánico de Colombia; sus condiciones físico—geográficas especiales, su denso poblamiento por diferentes pueblos, desde varios siglos antes de la era cristiana hasta el momento de la conquista española y el hecho de ser una de las zonas sobre las que se tienen más datos históricos, arqueológicos y etnográficos, hacen que se destaque como elemento indispensable de estudio e investigación, si se desea profundizar en el conocimiento de la prehistoria colombiana.

Puerta de entrada a Suramérica, ruta natural de migraciones terrestres o marítimas, lugar adecuado para asentamientos humanos, la Costa Atlántica es el punto de partida de cualquier trabajo que intente aclarar algunos de los muchos interrogantes referentes a nuestras etapas precolombinas; de allí saldrán los datos que darán base y apoyo al conocimiento de las culturas indígenas del resto del país en el presente y en el pasado. Y desde luego es indispensable ese conocimiento prehistórico para la comprensión de los acontecimientos que se desarrollarán luego, a través de las épocas de Conquista, Colonia e Independencia, como también para el análisis de la problemática socio—cultural en el presente.

RESEÑA GEOGRAFICA

La región Atlántica colombiana, bordeada por 1.600 kms. de costa de playas abiertas y amplias bahías, presenta características especiales en cuanto a sus aspectos geográficos y climáticos, que es necesario conocer y tener en cuenta antes de iniciar el estudio de su desarrollo cultural.

Al este se encuentra la península de la Guajira, la parte más septentrional de la América del Sur, territorio bajo y plano, de superficie arenosa y seca, donde los vientos Alisios soplan constantemente del noreste llevando las nubes, que al no encontrar barreras naturales que hagan condensar la humedad o provocar las precipitaciones, determinan un clima seco de escasas lluvias que dan una precipitación anual de apenas 200 m.m. en contraposición a las selvas chocoanas de la costa Pacífica, donde el promedio es de 10,000 m.m. La vegetación es de sabanas y bosques xerófilos: árboles pequeños y arbustos achaparrados, de hojas persistentes, coriáceas y rígidas con gruesa cutícula, matas espinosas, gramíneas que se secan en verano y el micondo (*Cavanillesia platanifolia*) y las ceibas de tronco bombacho (*Bombacáceas*) como árboles típicos en las regiones hidroedáficamente más favorecidas. El monte guajiro es bajo y raquítrico, llamado también cardonal, espinar y zarzal. La temperatura media es superior a los 28 grados C; existen en el interior de la alta Guajira partes donde el paisaje adquiere aspectos de desierto y la zona de playas arenosas marítimas es de considerable anchura (6, cartograma No. 7). Sólo en los meses de Octubre y Noviembre el cambio de dirección de los vientos Alisios trae algunas lluvias, por lo tanto el proble-

ma vital de los guajiros, en todos los tiempos, ha sido la falta de agua, elemento que se obtiene principalmente en las casimbas o jagüeyes, pozos naturales o artificiales que reúnen a hombres y animales durante la sequía.

Desde la base de la península Guajira y hacia el suroeste se extienden sabanas semiáridas, con pequeñas elevaciones de escasa vegetación arbórea. Siguiendo hacia el oeste se encuentra la región del bajo Magdalena (15, pp. 263—270), donde el río tiene su recorrido final en una amplia llanura llena de ciénagas y lagunas, para luego desembocar en el océano Atlántico, en Bocas de Ceniza. En la margen izquierda comienzan las grandes llanuras bañadas por los ríos Sinú, que va al mar Caribe, y San Jorge, que tributa al Magdalena. La dilatada planicie presenta algunas elevaciones, como los montes de Marío y Píojó y la serranía del Darién y al occidente se unen las llanuras costeras con las selvas lluviosas del golfo de Urabá, tierras bajas y pantanosas cuya principal arteria fluvial es el río Atrato, que rinde sus aguas en un litoral de riscos y playas rocosas. El régimen de lluvias en estas sabanas y llanuras es menos riguroso que en la Guajira, de Abril a Noviembre hay precipitaciones regulares y la estación seca se marca de Diciembre a Marzo. Son tierras fértiles, enriquecidas periódicamente por las capas aluviales que sedimentan los ríos y donde flora y fauna muestran una gran diversidad y profusión: peces y aves en numerosas y variadas especies, pequeños mamíferos, tortugas, iguanas, monos y babillas y caimanes, han proporcionado, antes y ahora, fuentes alimenticias a sus habitantes, además de los productos de la tierra, silvestres o cultivados, como el maíz, el ñame, la yuca, el frijol y las frutas. En el litoral se aumenta esta reserva con la riqueza ictiológica marina y con los moluscos y los mariscos, que aportan proteínas a la dieta alimenticia.

La Sierra Nevada de Santa Marta es una masa montañosa que se eleva en forma piramidal al noreste de la región Caribe. Independiente del sistema de cordilleras de los Andes, emerge de las llanuras entre el delta del río Magdalena y las últimas estribaciones de la cordillera Oriental. En ella se hallan los picos más altos de Colombia, el Colón y el Bolívar, con 5.780 mts. de altura sobre el mar. La parte del sureste, que recibe los vientos Alisios, tiene vegetación de sabanas y pequeños arbustos, con zonas boscosas a lo largo de ríos y arroyos; los lados norte y oeste, con menos vientos, se caracterizan por el bosque húmedo. En cuanto al clima, es cálido en las partes bajas y se va enfriando a medida que se asciende, hasta llegar a las regiones de nieves perpetuas. Por ser un complejo orográfico aislado, presenta en su flora y en su fauna ejemplares únicos, que han hecho de esta Sierra un laboratorio de estudios botánicos y zoológicos, apetecido por los investigadores (29, pp. 33).

EL PERIODO LITICO

El territorio anteriormente descrito y concretamente la región del Darién debió ser el escenario de la entrada del hombre a Colombia, si se tiene

en cuenta que los restos más antiguos encontrados en este país se han fechado en el milenio XI A.C., época en que según los conocimientos actuales, el hombre aún no contaba con el dominio de la navegación marítima, lo que hace suponer que penetró a Sur América por tierra, o sea por la región del Darién, única puerta de entrada por vía terrestre para los grupos derivados de la primera oleada migratoria que pasó del Asia por el estrecho de Behring. A estos primeros pobladores de Colombia, los conocemos actualmente por las investigaciones de Gonzalo Correal y Thomas Van der Hammen (11) quienes encontraron en la sabana de Bogotá esqueletos de personas fallecidas en el 10.510 A.C., enterrados con artefactos líticos al pie de abrigos rocosos. No se sabe aún de dónde y por dónde llegaron a la altiplanicie de la cordillera Oriental estos cazadores y recolectores, llamados genéricamente Hombre de Tequendama, pero mientras no se consiga una evidencia de su origen, debemos suponer que son descendientes de grupos llegados por la costa Atlántica.

Una punta de proyectil acanalada, encontrada por Correal en Bahía Gloria (Golfo del Darién), cuyas formas tienen similitud con el estilo del complejo Maiden Lake de Panamá, sugiere contactos norte-sur entre las culturas líticas.

El período comprendido desde la entrada del hombre a Colombia, en fecha necesariamente anterior al año 10.510 A.C., hasta el año 7.000 A.C. se denomina lítico por ser de piedra los principales documentos arqueológicos que se poseen para conocerlo. También se le denomina Paleoindígena.

Los más recientes trabajos de Gonzalo Correal (10) iluminan el panorama de este primer período cultural colombiano, con el hallazgo de numerosas estaciones prehistóricas, principalmente en la Costa Atlántica, con vestigios culturales que comprenden artefactos líticos, trabajados por percusión y presión, fabricados la mayoría utilizando lascas. Las piedras preferidas para la talla de estos utensilios fueron las liditas, rhiolitas, cuarzos, dacitas, granitos y basaltos.

En la región del alto río Sinú se detectaron ingresos tempranos en los sitios de Angostura, la Caimanera y Fresquero. Allí, en un medio ambiente propicio a la caza y la pesca por la proximidad del río y por los densos bosques, pequeños grupos humanos efectuaron poblamientos estacionales dispersos, dejando como testigos raspadores y navajas de piedra que debieron servirles para el corte, la incisión y el desescamado de los pescados, y cantos rodados de poco espesor con escotadura bilateral, que posiblemente utilizaron como pesas para redes.

La tradición lítica se continúa en la Serranía de San Jacinto, en los sitios de San Cayetano, Santa Teresa y Bolívar, donde también los hallazgos representan artefactos de pescadores y cazadores. En Punta Roja y Villa

Mery, en el Departamento de Bolívar, grupos pequeños dejaron la huella de ocupaciones temporales, durante las cuales se alimentaban de la caza y la pesca.

Hacia el noreste las estaciones paleoindígenas llegan hasta Cosinas, en el Departamento de la Guajira. Allí raspadores, lascas y golpeadores, evidencian asentamientos tempranos de pescadores, cazadores y recolectores. Probablemente la penetración por el Darién se continuó hacia el este, llegando a Venezuela, aunque no deben descartarse posteriores migraciones por vía marítima.

Pero la mayor dispersión de rutas líticas se verificó a lo largo de la hoya del río Magdalena; las estaciones en el Magdalena Medio son numerosas, se continúan en el Alto Magdalena y ascienden hasta la altiplanicie de la Cordillera Oriental, donde ya están fechados los restos del Hombre de Tequendama. En San Silvestre, Chucurí y Carare, las ocupaciones fueron hechas en terrazas cercanas a las ciénagas y a las confluencias de los ríos, por grupos más numerosos y de mayor cohesión social que los nombrados anteriormente. Basados en la pesca, la caza y la recolección, explotaron nichos ecológicos que les dieron una supervivencia más estable (10, p. 413 a 427).

EL PERIODO ARCAICO

Aunque se inicia en el año 7.000 A.C., solamente tenemos información de este período a partir del siglo tercero A.C., por los trabajos de Gerardo Reichel-Dolmatoff y su esposa, antropólogos destacados a quienes se debe la mayoría de la información sobre la prehistoria colombiana (13 - 18 a 31).

Sus investigaciones sobre el litoral Atlántico durante este período, nos muestran asentamientos humanos en sitios costeros, donde el hombre podía beneficiarse al máximo de los productos de su medio circundante. Escogiendo estratégicamente los lugares donde los ríos rinden tributo al Mar Caribe, aprovechaban la riqueza ictiológica del agua dulce y también la numerosa fauna ribereña de tortugas, iguanas y saurios, aves, monos, roedores, dantas y venados. Y como principal elemento de su dieta alimenticia tuvieron los moluscos, sacados de las conchas, que iban quedando acumuladas alrededor de las casas, formando montículos que eran periódicamente aplanados para construir encima nuevas viviendas. Se formaron así plataformas circulares hasta de ochenta metros de diámetro, compuestas de varios estratos de conchas, dentro de los cuales los arqueólogos encontraron vestigios tales como artefactos de piedra y huesos de animales.

Estos habitantes de los concheros del Caribe, fueron desarrollando un sistema de vida que se prolonga hasta el primer milenio A.C., basado en la explotación de los recursos naturales por medio de la recolección y la caza.

Llevaban una existencia seminómada, estableciéndose por ciclos estacionales en playas y estuarios, adaptándose a las condiciones climáticas de un territorio que entonces estaba cubierto de densa selva.

Uno de los sitios arqueológicos más importantes de este período es el formado por los concheros de Puerto Hormiga, localizado al sur de Cartagena, donde el Canal del Dique desemboca en el Atlántico. En aquella época el río Magdalena tributaba al mar Caribe por ese canal y Puerto Hormiga quedaba en el estuario del río. De allí proviene la cerámica más antigua de América, encontrada por Reichel-Dolmatoff (30) dentro de los estratos de conchas acumulados circularmente alrededor de las viviendas, y fechada en el año 3.100 A. de C.

Los vestigios cerámicos de Puerto Hormiga presentan características especiales. Podemos distinguir dos tipos diferentes: el primero formado por recipientes de paredes delgadas y superficie rugosa, manufacturados por modelado directo; toscos y sin decoración, evidencian una fase inicial en el trabajo de la alfarería y tuvieron como desgrasante, que es el elemento añadido por el hombre a la arcilla para evitar el resquebrajamiento en la cocción, hojas secas unas veces, hierba otras, lo que les da una consistencia porosa y frágil. El segundo tipo comprende cuencos sencillos, trabajados con una tecnología más eficaz; tienen arena como desgrasante y algunos están decorados con incisiones rellenas de pasta roja, o con figuras modeladas de ranas, roedores y caras humanas de grandes ojos formados por círculos concéntricos. Todos estas características nos indican un nuevo paso en el trabajo de la cerámica. Huesos de pájaros, reptiles, peces y pequeños roedores se encontraron también en Puerto Hormiga, asociados a pequeños morteros y manos de piedra, utilizados para machacar raíces y semillas y a navajas y raspadores hechos de lascas y guijarros crudamente trabajados. La evidencia del uso de cestería y esteras, la tenemos en la huella que dejaron estos tejidos de fibras vegetales sobre algunos trozos de cerámica.

Los alfareros de Puerto Hormiga inician un estilo cerámico que seguirá desarrollándose en los dos milenios siguientes, en los concheros del litoral. En el año 2.000 A.C., los habitantes de Canapote, en los alrededores de Cartagena, continúan cazando y recolectando para subsistir y su cerámica presenta las mismas formas elementales, con el desgrasante de arena de la segunda etapa de Puerto Hormiga y decoración a base de incisiones pandas (22).

Del año 1.550 A.C. al 1.032 A.C. son las fechas obtenidas por los datos del radiocarbono para el sitio de Barlovento (23, pp. 249—272) al noreste de Cartagena, donde las capas de conchas guardaban tiestos de cuencos ovalados y hemisféricos, algunos de ellos provistos de pequeñas asas; la decoración se efectuaba por incisiones, con diseños geométricos de líneas paralelas, espirales o círculos, algunas veces rellenos con ocre rojo. Se encontraron tam-

bién piedras con agujeros y evidencia de haber sido quemadas, que se debieron usar para calentar alimentos dentro de recipientes abiertos, puesto que ni en este sitio ni en ninguno de los anteriormente nombrados se encontraron restos de hollín en las vasijas de cerámica, lo que indica que no fueron colocadas directamente sobre el fuego.

Otros concheros con cerámica similar a la de Barlovento son los de la Ciénaga del Totumo, cerca de la desembocadura actual del río Magdalena, los de las islas de Barú y Tierrabomba al sur de Cartagena y los del Golfo de Morrosquillo, en el occidente de la costa Atlántica (29, pp. 59).

Entre los años 3.000 A.C. y 2.000 A.C. parece que existió una difusión hacia el sur (29, pp. 59—60) por el bajo Magdalena, pues se encontró en Bucarelia, ya cerca de la iniciación de la falda cordillerana, cerámica con desgrasante de fibra como la de Puerto Hormiga, pero ya más cuidadosamente decorada y con picos y asas. En la Isla de los Indios, en la ciénaga de Zapatoza, que está ubicada en la confluencia de los ríos Magdalena y Cesar, se hallaron fragmentos de cerámica relacionados con Barlovento.

Todo el período Arcaico transcurre para los pobladores de la costa Caribe con un sistema de vida seminómada basado en la recolección y en la caza menor. Los hombres inician y desarrollan el trabajo de la cerámica y la cestería, continúan elaborando utensilios de piedra y hacia el año 1.000 A.C. inician la agricultura, con lo cual nos situamos ya en el siguiente período.

PERIODO FORMATIVO

La nomenclatura arqueológica americana (33, pp. 144—181) considera como formativo un período en el cual las culturas tienen como base alimenticia los productos cultivados; la casa, la pesca y la recolección han pasado a ser actividades secundarias y el poblamiento es nucleado, en aldeas, donde se inicia el desarrollo de la cestería, la cerámica y los tejidos.

Ya vimos que en Colombia se tuvo un comienzo de sedentarización incipiente sin contar con la agricultura, sedentarización que se reafirmó con el establecimiento de pequeños poblados en las orillas de los ríos, lagunas y ciénagas de las tierras bajas del Caribe, en los cuales los peces de estuario y la caza de reptiles fueron importante factor para determinar una vida estable (29, pp. 67). Para entonces aparece la primera evidencia de la agricultura, en el sitio de Malambo, al sur de Barranquilla, donde restos de platos planos de aproximadamente 60 cms. de ancho, indican la utilización de un vegetal que desplaza a los moluscos como alimento principal. Este vegetal es la yuca (*Manihot esculenta*) tubérculo de las regiones cálidas que presenta dos variedades: yuca dulce y yuca brava, esta última denominada así por

contener ácido prúsico venenoso, que debe sustraerse antes de su utilización como comestible. La yuca tiene características especiales que debieron determinar su escogencia para la iniciación del cultivo de plantas: se siembra fácilmente por el sistema de esqueje, no necesita grandes cuidados para su crecimiento, soporta bien las plagas, da un buen rendimiento y además crece desde las tierras muy ardientes hasta las zonas de clima medio. La especie dulce se puede cocinar directamente, pero la amarga o brava debe someterse a un proceso que comienza por el rallado, hasta formar una masa que luego se coloca dentro de una especie de cilindro de fibras vegetales entretejidas, cuya elasticidad permite que al colocar un extremo fijo y hacer presión en el otro, el veneno salga por los intersticios del tejido. Este instrumento se llama "tipití" o "sebucán" y lo utilizan actualmente casi todas las tribus indígenas de las zonas selváticas de la Orinoquia y la Amazonia. Una vez extraído el ácido prúsico, la masa de yuca se pone a tostar sobre el fuego, en los platos planos, llamados "budares" en las selvas de Sur América y "comales" en el área mesoamericana.

En Malambo, fechado en el año 1.000 A.C. encontró el arqueólogo Carlos Angulos Valdés (4, pp. 75—87) restos de budares que debieron usarse para la fabricación de harina de yuca, ya fuera dulce o amarga, que puede prepararse de variadas maneras: como sopa, como chica o como una torta conocida por el nombre de "casabe". Para entonces los moluscos ya no son utilizados como alimento, aunque abundan en las vecindades. La cerámica, con desgrasante de arena, es más rica en formas que la de fases anteriores; aparecen recipientes de paredes casi verticales, vasijas con base anular y otras con soportes cilíndricos. La decoración combinada de incisión y modelado, las asas zoomórfas y los bordes con protuberancias redondas, son reminiscencias de los elementos decorativos de Puerto Hormiga. Malambo es tecnológicamente más avanzado y muestra formas más variadas, pero su principal diferencia con complejos precedentes es la indicación del cambio gradual de la recolección de moluscos a la cosecha de tubérculos.

A la adquisición de la yuca cultivada, rasgo que vino probablemente de Venezuela (29, pp. 66) y sin duda aportó un nuevo valor a la tierra, pues en ella se concretaron los esfuerzos del hombre por una más efectiva explotación del medio ambiente, siguió más tarde la del maíz. No hay que olvidar que la agricultura no fue un hallazgo momentáneo, sino que ella implica un conocimiento de la calidad de los diferentes terrenos, de las épocas adecuadas para la siembra y la recolección, de la selección de semillas, del regadío necesario para el crecimiento y del cuidado, transplante y desyerbe indispensables para la óptima cosecha. Este conocimiento se fue adquiriendo lentamente, a través de la observación de los ciclos naturales de la vegetación y por medio de muchos ensayos y experimentos que culminaron con la elección del producto ideal. El hombre puso en la tierra todo su empeño: una tradición de conocimientos transmitidos y perfeccionados durante largo

tiempo cristaliza en este período formativo, estabilizando totalmente la sedentarización y permitiendo una mayor movilidad a los grupos deseosos de buscar mejores tierras para el cultivo, al poder llevar consigo la semilla y el alimento, como en el caso del maíz.

En Momil, sitio localizado en las orillas de una laguna del bajo río Sinú, Reichel-Dolmatoff encontró (25, pp. 111—333) la evidencia arqueológica del paso de la agricultura de la yuca a la del maíz. Los estratos más profundos de las excavaciones en este lugar, presentaron vestigios culturales de objetos líticos, huesos humanos y de animales, conchas de tortugas y artefactos cerámicos entre los cuales se distinguen vasijas globulares de cuellos estrechos y bordes anchos y evertidos, platos cóncavos de bordes salientes, vasijas hemisféricas, jarros de cuello corto y base circular y grandes platos de tipo budare con borde pequeño.

En las capas más recientes, o sea las más cercanas a la superficie, desaparecen los budares y en cambio se encuentran vasijas grandes y globulares en forma de pera, con labio evertido, recipientes de base circular y vasos trípodes con soportes altos y sólidos. Estos nuevos recipientes, unidos a los muchos metates y manos de moler y a los pitos y sonajeros que también comienzan a encontrarse en las capas superiores, se han interpretado como indicadores de la iniciación de la agricultura del maíz, que vino a desplazar a la de la yuca. Las ollas globulares de gran tamaño se usaban para guardar la chicha, los metates y manos para moler el grano y los sonajeros y pitos debieron formar parte de los objetos rituales utilizados para la celebración de las cosechas, como se hizo en los pueblos mesoamericanos, de donde se cree que pudo llegar el cultivo del maíz, ya como un rasgo cultural desarrollado. (29, pp. 74) que incluía el ceremonial mágico religioso.

En Momil aparecen también nuevos elementos que son indicadores del desarrollo socio-religioso de aquella época, establecida por el sistema del radiocarbono en los años 175 A.C. y 200 A.C. (31, pp. 187). Muchas figuritas antropomorfas, macizas, anchas, planas y con cabezas casi amorfas primero; después huecas, con extremidades pequeñas y bulbosas o paradas sobre delgadas piernas curvas después, que debieron utilizarse para ritos de curación pues algunas representan anomalías físicas o enfermedades, o como juguetes o quizás como objetos relacionados con ritos de fertilidad (29, pp. 76—77), son evidencias de prácticas shamanísticas y una de nuestras más tempranas formas de arte aborígen. Sellos planos tallados son seguidos por pintaderas cilíndricas huecas. Hay variación en la decoración, que va de la incisión recta, el ruletado dentado, las formas aplicadas, el relleno de pigmento blanco y la pintura bicroma, en los estratos inferiores, a la línea curva, las incisiones rellenas de pasta roja, la pintura policroma y la pintura negativa en las capas superiores. En Momil se encuentra la cerámica decorada con pintura más antigua de Colombia.

Ya en Momil es notorio el cambio que se ha operado en la cerámica: los toscos y monótonos recipientes del período arcaico, son ahora variados y bien terminados. Y en la industria lítica también hay variedad: artefactos de perdernal, trabajadas con técnicas de percusión y presión, sirvieron como leznas, raspadores y martillos. Pequeñas astillas trabajadas sugieren el trabajo de la talla en madera. La concha y el hueso son dos materiales que presentan exponentes en los hallazgos: del primero se hicieron copas, cucharas, botones y sonajeros, y del segundo leznas, agujas sin ojo, discos y volantes de huso.

Huesos de mamíferos, miles de fragmentos de conchas de tortuga y restos de peces se hallaron en todas las capas, lo mismo que huesos humanos desunidos encontrados entre los desechos, que son indicios de canibalismo.

Momil es la representación de la transición de cosecha de yuca a cultivo de maíz. El por qué de la fecha relativamente tardía en que este cultivo aparece en Colombia podría ser el que las necesidades alimenticias estuvieron ampliamente satisfechas con la dieta de raíces feculentas, combinadas con proteínas y grasas animales; al crecer la población y disminuir los recursos proteínicos, el maíz fue introducido como elemento compensatorio. También el cambio climático, que de seco se fue tornando húmedo alrededor del año 700 A.C. debió influir en la aparición y en la permanencia de dicho cultivo. Y cabe la posibilidad de que llegara el maíz como un rasgo plenamente desarrollado, traído de otros lugares, posiblemente de Mesoamérica (29, pp. 78—79).

La diferenciación de los individuos en clases sociales se comienza a notar desde Momil, puesto que las figurinas antropomorfas, presentan diversidad en cuanto a sus atuendos, pendientes, collares y adornos. También se hace patente la especialización del trabajo que para entonces existía, por la calidad técnica y el delicado acabado de las industrias cerámica y lítica. Para esa época, la orfebrería ya se había desarrollado en la costa Atlántica y aunque no aparecen en Momil objetos de metal, en sitios cercanos y contemporáneos, como Ciénaga de Oro, se hallaron cuentas tubulares de oro martillado.

Los antecedentes locales de Momil nos llevan a Malambo, pero su nivel tecnológico es más alto y su sistema religioso más desarrollado. Microlitos y figurinas no tienen tradición anterior y Reichel opina que Momil parece representar un nuevo influjo cultural, llegado del exterior y difundido por las llanuras costeras (29, pp. 79).

Con el establecimiento de la agricultura del maíz se inicia la dispersión de algunos grupos hacia las laderas fértiles de la montaña, donde forman cacicazgos, establecidos en pequeñas aldeas. Otros permanecen en las orillas de los ríos, aprovechándolos como vías de comunicación para el comercio, que iba tomando cada vez mayor importancia, especialmente el del oro, el algodón y la sal.

La región de Zambrano fue un importante centro, donde se encontraron influencias costeras, de la Sierra Nevada de Santa Marta y del valle del Sinú, en más de 50 sitios, investigados por Reichel (23, pp. 123) con una secuencia de aproximadamente 400 años, en la que se distinguen algunos como representantes de las fases de Puerto Hormiga, Momil y Malambo; otros indican descentralizados cultivadores de maíz y otros son vestigios de grandes poblados ribereños. Del siglo VI D.C. data un poblamiento en grandes plataformas hechas de tierra y residuos cerámicos y líticos; aparecen luego poblados con cementerios. La cerámica presenta diversos estilos y las formas son de copas, platos, cuencos de pedestal, vasijas antropomorfas, objetos zoomorfos y volantes de huso. La decoración predominante es incisa fina y aplicada. Vasijas antropomorfas que recuerdan a las de la región Calima, cuentas de collar de cuarzos de la Sierra Nevada de Santa Marta y conchas marinas, evidencian los contactos comerciales.

La secuencia arqueológica de Zambrano, tiene representantes en muchos sitios del Bajo Magdalena (19, pp. 211—290). En los alrededores de la laguna de Zapatosa, donde confluyen los ríos Magdalena y Cesar, se encuentran restos de pequeños poblados de agricultores y pescadores, hábiles constructores de canoas que dejaron sus herramientas de piedra pulida. En las laderas del cerro Barco y en la Serranía de San Lucas existen plataformas dispersas semicirculares, que se utilizaron para vivienda y para cultivo, cercadas algunas de ellas con muros de contención, formados por piedras irregulares. Angulo Valdés encontró poblamientos similares en las cabeceras del río Nechí y en las colinas de Tubará, Piojó y Luruaco (3, pp. 7—52). Reichel opina que estos sitios pertenecen a comunidades que permanecieron en un nivel formativo de pequeños poblados de cultivadores; eran cacicazgos locales que guerreaban y comerciaban entre ellos, sin cohesión política ni complejidad social o religiosa (29, pp. 124). Las excavaciones de Sutherland y Murdy en 1974 en la Isla de Salamanca, entre Barranquilla y Sta. Marta, dieron información sobre un poblamiento estacional evidenciado por concheros con fragmentos de cerámica y piedra, cuya datación corresponde al año 965 D.C. (33).

Un patrón de vida muy similar encontró Reichel en sus investigaciones en la región del alto Sinú (26, pp. 31—149). En Tierra Alta existen evidencias de poblamientos permanentes, por la profundidad de los estratos de residuos alrededor de los sitios de vivienda; morteros de piedra y piedras acanaladas para pesas de redes, indican el cultivo del maíz y la pesca como bases económicas. La cerámica presenta ollas globulares y subglobulares de uso doméstico, copas de bases anulares y bordes horizontales salientes, cuencos de múltiples soportes, platos hondos, recipientes antropomorfos y cuencos ralladores con el interior rugoso, que se debieron usar para machacar condimentos. La decoración incluye punteado, aplicación e incisiones hechas con huesos de arenque. Sitios arqueológicos semejantes en su contenido cultural,

se encuentran a lo largo del río Sinú y se propagan hacia Cartagena y el golfo de Urabá.

La región del río Ranchería, localizada entre la Sierra Nevada de Santa Marta y las últimas estribaciones nororientales de la cordillera Oriental, han sido estudiadas por Reichel-Dolmatoff (18, pp. 1—334). Aunque hoy sea una zona árida, en tiempos prehistóricos debió tener abundante vegetación y buenas lluvias; aún quedan los lechos secos de los ríos y las depresiones donde estuvieron lagunas y pantanos, en cuyas orillas se asentaron pueblos cultivadores y pescadores, que dejaron profundas acumulaciones de residuos. Metates y comales sugieren la utilización del maíz y de la yuca para la alimentación, complementada con la cacería de pequeños mamíferos. La secuencia de culturas locales, denominada con el nombre de los sitios tipos: La Loma, El Horno, Los Cocos, Portacelli, presenta, en las dos primeras, una cerámica con decoración pintada en colores rojo y negro sobre fondo crema, en la cual prima el elemento curvilíneo de espirales y líneas sinuosas y las formas son de platos, cuencos con soportes y vasijas con pedestal. También se encontró cerámica negra brillante con incisiones curvas rellenas de pasta blanca. Son frecuentes las figulinas antropomorfas huecas, de patas bulbosas y pintadas con colores brillantes. En el período Los Cocos predomina la pintura en color negro o rojo sobre fondo blanco, de línea recta. Aparecen urnas cilíndricas con caras humanas modeladas y pintadas en las paredes, que contienen restos óseos de entierros secundarios con señales de cremación. Portacelli continúa aportando cerámica bicroma geométrica, los recipientes típicos son corrugados y se nota en la superficie la técnica del coil o enrollante con que fueron elaboradas, copas de fino baño rojo, con aves acuáticas pintadas en negro, corroboran el medio ambiente de selva húmeda en que se movieron estos pueblos. Los entierros encontrados, muestran el cráneo del difunto descansando sobre un gran plato y también son comunes los hallazgos de figulinas de piernas rectas, más estilizadas que las de los períodos anteriores.

El surgimiento de la cultura Tairona en la Sierra Nevada de Santa Marta, con la deforestación por las quemadas como parte de la técnica agrícola, debió contribuir a la sequía de la región de Ranchería, que ocasionó el abandono de la tierra por parte de sus pobladores. Pequeños grupos sobrevivieron en las faldas de la Sierra Nevada hasta la llegada de los españoles y el estilo cerámico, que debió tener sus antecedentes fuera del territorio colombiano, en América Central, se han encontrado en las cabeceras de los ríos Zulia y Chicamocha y en varios sitios cerca de Bonda y Mamatoco, en las laderas de la Sierra Nevada de Santa Marta. La tradición cerámica llegó hasta Venezuela, donde se encontró en La Pitía, Tucuyano, Dabajuro y Tierra de los Indios (29, pp. 120).

Hacia el año 1.000 D.C. aparece en Colombia un nuevo elemento arqueológico, relacionado con el ritual funerario: la urna de cerámica, con

los huesos desarticulados de entierro secundario o con restos óseos provenientes de la cremación. Esta costumbre se extendió en la Costa Atlántica, desde la Guajira hasta el Darién, a lo largo de los ríos, en las cimas de las colinas, en cuevas, en tumbas de pozo, o en el área de sitios de vivienda, siempre cerca de basureros con vestigios líticos y cerámicos, característicos de pueblos cultivadores de maíz, se encuentran cementerios formados por docenas de urnas funerarias, o pequeños grupos de tres o cuatro. Aunque la forma más común corresponde a vasijas ovoides, las hay también globulares, subglobulares, cilíndricas, de silueta compuesta; las bocas tienen un diámetro suficientemente ancho para que quepa el cráneo; algunas llevan decoración incisa, aplicada o pintada y a menudo el rostro, la cabeza o la efigie completa del difunto aparece representada en la tapa o en el cuerpo de la vasija.

De las faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta provienen urnas con tapa hemisférica donde aparece modelada la cabeza completa del muerto. En el Magdalena medio se hallaron urnas ovoides con figuras formadas por tiras, aplicadas en la superficie, y otras cubiertas con diseños incisos y en cuya tapa va una figura modelada, sentada en un banco y adornada con collares o narigueras. Algunas de estas representaciones antropomorfas son imágenes de guerreros armados con garrotes y profusamente adornados; otros tienen las pantorrillas deformadas. En Tamalameque existen grandes cementerios con tumbas de pozo, en cuyas cámaras reposan grupos de urnas cilíndricas con tapas en forma de cabezas.

No se ha esclarecido aún si el entierro secundario en urnas fue una costumbre que se desarrolló en las tierras bajas y se esparció hasta alcanzar los grupos subandinos, o si se trata de un ritual introducido por una nueva cultura, tal vez la de los Caribes que penetraron a Colombia procedentes de las Guayanas y Venezuela y que en tiempos de la Conquista se habían establecido en las llanuras costeras y en algunas laderas cordilleranas del interior, pues esta forma de entierro y la deformación de las pantorrillas fueron características de aquellos grupos (29, pp. 137—39).

Las excavaciones arqueológicas de Alicia de Reichel cerca de Cartagena, en el sitio de Crespo (13, pp. 173—188), aportan a la arqueología el conocimiento de un pueblo cultivador y pescador, establecido en pequeñas villas, en las colinas bajas del litoral Atlántico. Los estratos de residuos dieron muestras de cerámica que incluye torteros, ralladores, copas y platos de bases anulares y vasijas globulares de cuellos estrechos, decorados con incisiones, áreas punteadas y caras humanas; también se encontraron algunas figulinas. Azuelas hechas de conchas marinas sugieren la fabricación de canoas, y morteros y manos de piedra el cultivo del maíz. Los muertos eran enterrados en urnas funerarias cilíndricas y el sitio tipo ha sido fechado por el radiocarbono como del siglo XIII D.C.

El más alto desarrollo cultural en las tierras bajas de la costa Caribe fue encontrado y estudiado por Reichel-Dolmatoff en el curso medio del río Sinú y en el río San Jorge (26, pp. 31—149). El complejo arqueológico denominado Betancí y Caño Viloría, por los dos sitios tipos, abarca una amplia extensión entre los dos ríos. Allí se localizaron numerosas plataformas de vivienda y montículos funerarios que cubrían varias tumbas de fosa con cadáver acompañado de un ajuar funerario compuesto de cerámica y objetos de oro, cobre y concha. La cerámica, similar en ambos ríos, es diferente de la encontrada en las otras regiones costeras: los elementos característicos son copas de arcilla roja de alto pedestal, platos y cuencos pequeños que tienen un soporte campaniforme alargado, decorado con figuras femeninas modeladas aparte y colocadas luego sobre la superficie, cuencos de pedestal con base tubular alta, vasijas subglobulares con soportes anulares y recipientes de silueta compuesta. Las efigies de mujeres, que también adornan vasijas globulares de base plana y cuello corto, van vestidas con faldas y llevan en los hombros y el pecho diseños incisos que probablemente representan tatuajes o pinturas. La decoración de algunas vasijas está dada por diseños de pintura blanca y roja sobre fondo crema. Se hallaron ralladores, volantes de huso en forma de disco y sellos de barra. Los objetos de concha comprenden cuentas de collar, pendientes cilíndricos o con figuras de pájaros y sapos, y conos pulidos con agujeros para supenderlos, que se usaron como penestuches.

La orfebrería está representada por narigueras, aretes, cabezas de bastón con efigies de animales y figuras gemelas de aves, reptiles o seres fantásticos.

Reichel opina que esta cultura (29, pp. 127), sin antecedentes locales en la llanura costera, posiblemente procede del valle del Cauca, pues así lo indican el tipo físico de las representaciones antropomorfas en oro y barro, los volantes de huso, los sellos en forma de barra y el estilo de la orfebrería, todo ello con similaridad a la cultura material del área Quimbaya. Cientos de hectáreas fueron trabajadas en forma de surcos paralelos separados por canales, en muchos puntos del valle del río San Jorge, lo que indica una eficiente y adelantada técnica agrícola (17, pp. 449—462). La calidad y la cantidad de las piezas de alfarería y orfebrería, la especialización del trabajo, la diferencia en los tipos de tumbas indica la jerarquización de las clases sociales, pues algunos de los muertos fueron enterrados con un ajuar funerario muy rico y otros apenas con los sencillos artefactos que usaron en vida. Esta cultura se encontraba en pleno florecimiento en el momento de la Conquista y sobre ella volveremos a hablar en el siguiente capítulo, formado por los datos de los cronistas, testigos oculares del panorama cultural precolumbino en el siglo XVI.

LAS CULTURAS DE LA COSTA ATLANTICA EN EL MOMENTO DE LA CONQUISTA

En el año de 1498 comenzó la exploración y conquista del territorio colombiano, con el viaje de Alonso de Ojeda, quien saliendo de Santo Domingo, llegó hasta el cabo de la Vela en la Península Guajira, negociando con los indígenas oro y perlas a cambio de baratijas. Desde entonces y durante casi un siglo se realizó el proceso de la imposición de la cultura española y del mestizaje entre vencedores y vencidos. Algunos frailes, soldados o funcionarios del régimen español, escribieron sus impresiones sobre el enfrentamiento de los dos mundos y sobre las características, físicas y culturales, de los pueblos aborígenes.

Entre estos cronistas de la Conquista, se destacan por aportar datos relativos a la Costa Atlántica, Juan de Castellanos, testigo desde el año de 1534 de los sucesos ocurridos en la región de Santa Marta, en la Guajira y en la sabana de Bogotá. Sus "Elegías de Varones Ilustres de Indias" (8) dan numerosos datos sobre los grupos indígenas de la Costa Atlántica.

Pedro Cieza de León llegó a Colombia muy joven y participó como soldado en la conquista del occidente de nuestro país. Escribió sus impresiones en "La Crónica del Perú (9) cuyos primeros capítulos se refieren a los grupos del Darién.

Fray Pedro Simón, aunque no fue participante de los sucesos que narra en sus "Noticias Historiales de la Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales" (32), recopiló su información en Cartagena y Santa Marta y escribió su obra hacia el año de 1623, tomando los datos de fuentes primarias o secundarias, para legarnos una copiosa narración sobre las culturas de la Sierra Nevada de Santa Marta y sus alrededores.

Fray Pedro de Aguado, llegado a las Indias en 1573, estuvo en la costa Atlántica y escribió su "Recopilación Historial" (2), donde describe costumbres de grupos indígenas del litoral y de las llanuras del río Sinú.

De los antropólogos que han realizado trabajos etno—históricos sobre la costa Atlántica, basados en las obras de cronistas, son Reichel—Dolmatoff y Aquiles Escalante los realizadores de los más importantes estudios: el primero con sus "Datos histórico—culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta" (21) que ofrecen una escogida y nutrida información sobre el tema, y el segundo con "Los Mocaná" (14); reconstrucción de la vida de ese grupo en tiempos de la Conquista.

Las obras citadas anteriormente, nos han servido como fuente para estructurar la parte siguiente, que es una reseña etnohistórica de las culturas que habitaban la región costera del Caribe a la llegada de los españoles.

LA CULTURA GUAJIRA

En la península Guajira, la región más septentrional del territorio colombiano, descrita por Castellanos como "costa de cardones y de espinas, estéril y de secos arenales" (8, Vol. 1, p. 265), habitaban en el momento de la llegada de los españoles indígenas de lengua Arawak, reputados algunas veces de "valientes y ligeros" (12, pp. 297) y otras de malos y bestiales (8, Vol. I, pp. 265).

Los Guajiro vestían mantas de algodón teñidas de color pardo, ceñidas a la cintura y cubriendo la rodilla. Los hombres se las colocaban de manera que quedaran al descubierto el hombro y el brazo derecho, para poder manipular el arco y la flecha con libertad, iban descalzos y usaban sombreros de palma tejida. Las mujeres llevaban también mantas que les cubrían totalmente el cuerpo y se adornaban con collares y ajorcas de cuentas de corales o granates. Las personas principales usaban mantas blancas con listas de colores y para las fiestas, hombres y mujeres lucían coronas de plumas, brazaletes y sartas de cuentas.

Sus principales actividades eran la caza, la pesca y la agricultura. Cazaban venados, armadillos y pequeños mamíferos para su alimentación, la cual comprendía también productos de pesca y recolección como los cangrejos, moluscos, tortugas y variadas clases de peces. Cultivaban como principal producto la yuca, además del palmito, el guaymaro, los cacahuitos y otras plantas. Castellanos cuenta que los españoles "hallaron sementeras en la tierra, y en ellas gran acopio de comida" (8, Vol. I, pp. 275).

La pesca de perlas les proporcionaba un elemento para comerciar con los grupos vecinos, lo mismo que la sal, obtenida en las salinas de Manaure, que se explotaban desde tiempos prehispánicos.

Nicolás de la Rosa dice que estos indígenas no tenían casas ni poblaciones determinadas y andaban nómades, durmiendo bajo los árboles; los principales en chinchorros y los restantes en el suelo, sobre pieles o mantas.

La organización socio-política de los Guajiro constaba de grupos llamados "castas", cada uno de los cuales tenía un animal como símbolo. De la Rosa nombra las castas de la guacamaya, el pajuil, la guacharaca, el mono, el machín y el gallinazo. Practicaban la poliginia: cada hombre tenía tantas esposas cuantas podía mantener. Los hijos pertenecían a la casta del padre y el sistema de herencia era matrilineal.

Diestros en el manejo del arco y la flecha, los Guajiro se destacaron en las luchas de la Conquista como excelentes guerreros; usaron también como armas largas picas de madera. De la Rosa anota que se juntaban de diez a doce mil hombres para los enfrentamientos bélicos contra los españoles.

Sobre su mitología y costumbres religiosas no existe información, pero sabemos que tenían sacerdotes agoreros, que practicaban la adivinación por el humo del tabaco. Una de sus formas de esparcimiento consistía en juegos de competencia en el lanzamiento de flechas a una pelota hecha de piel de venado, cuando ésta era lanzada y ascendía en el aire, mientras los arqueros danzaban.

Los hombres acostumbraban mascar hojas de coca tostadas mezcladas con cal obtenida al moler caracoles, que se llevaba en pequeños calabazos. Las mujeres al llegar a la pubertad eran encerradas por quince días, al cabo de los cuales quedaban aptas para el matrimonio.

El ritual funerario incluía baile, llanto y ofrecimiento de alimentos por los familiares del muerto, a los asistentes.

Los Cocinas, grupo Guajiro de la parte sur de la península, usaban la jagua como pintura y ello les valió el apelativo de "tiznados". De la Rosa los califica de "coléricos, espantosos y soberbios" (8, pp. 309).

CULTURA ARUACO

Llamados también Aruacos, Aruacanos y Aurohuacos, vivían (21, pp. 108—111) en las laderas surorientales de la Sierra Nevada de Santa Marta, en tierras templadas y en cuevas. Se les califica de débiles y antropófagos. Usaban flechas envenenadas (21, pp. 108—109).

En el siglo XVIII, Nicolás de la Rosa (12, pp. 283—289) los sitúa en las faldas septentrionales de la Sierra Nevada, en el río Don Diego y los describe como indolentes y pacíficos. Se alimentaban de caracoles, conchas y pescados, maíz, yuca, batata y arrachacha.

Los hombres mascaban hojas de coca, mezcladas con cal, se vestían con mantas de algodón y llevaban una diadema de concha de Carey o de espartos finos entretejidos. Tejían hamacas, mantas y chinchorros. No usaban armas y vivían en casas separadas de las de las mujeres; durante la noche no podían tener relaciones sexuales porque los hijos nacerían ciegos. Al enviudar, no podían masticar coca ni tocar el calabazo de la cal por veinte días y los bienes de un difunto no eran heredados por sus hijos sino por el cacique.

Las mujeres vestían también mantas de algodón y tejían mochilas. Los adornos, de ellas y de los hombres, consistían en chagualas, orejeras, brazaletes y collares de cuentas de oro.

Para la práctica de su religión contaban con casas ceremoniales, llamadas "Cansamarías"; en ellas se reunían cada dos meses, en los primeros días de la luna nueva. En las cercanías de estos templos se enterraba a algunas

personas. En la "Cansamaría" del alto río Ranchería tenían un ídolo hecho de plumas de variados colores.

Se ahorcaban cuando perdían la esperanza de curarse de alguna enfermedad, por enojos y desdenes, o por no servir a los españoles. Después de la muerte tenían la creencia de que pasaban a sentarse en el nacimiento del sol.

LA CULTURA GUANEUCAN

De los datos de cronistas y archivos recopilados por Reichel (21, pp. 98—99), sabemos que este grupo indígena habitó la región comprendida entre el río Ranchería, el Océano Atlántico y la Sierra Nevada de Santa Marta. Vivían en poblaciones localizadas cerca al mar o en las orillas de los ríos, con calles bien puestas y ordenadas, de casas amplias cuyas puertas tenían delante grandes ramadas, por lo cual la región se conoció también con el nombre de "La Ramada". Sabemos los nombres de algunos de estos poblados: Guaymaro, Debuya, Coriana, Tapí, Paraguanil, Biriburare, Caborder, Macoir, Proceliana, Ormio, Caraubare y Maracarore.

Toda la indumentaria de hombres y mujeres era de oro: collares, nari-gueras, orejeras y brazaletes. Vestidos no usaron; apenas los hombres portaban un calabazo como penestuche, que algunas veces eran también de oro.

Castellanos (8, Vol. II, pp. 93) los califica de gente brava, principal, rica y gallarda. Eran un grupo pacífico y una de sus principales actividades fue la construcción de canoas con hachas de piedra, ahuecando troncos de árboles.

A orillas del río Ranchería encontraron los españoles una gran casa ceremonial, con mil estatuas de madera, de tamaño natural, puestas en hilera, que representaban a los antepasados.

LAS CULTURAS DEL VALLE DE UPAR Y EL RIO CESAR

Numerosas tribus poblaban la región del río Cesar y el Valle de Upar a la llegada de los españoles. De la información dada por Reichel (21, pp. 99—104), obtenemos los siguientes datos:

Burede: Ocuparon las laderas occidentales de la Sierra de Valledupar y el valle del alto río Cesar. Los llamaron también Coronados por llevar el cabello cortado como los frailes de San Benito. Comercian con los grupos vecinos, recibiendo oro a cambio de la sal que ofrecían. Tenían el mismo idioma y las mismas costumbres de los Caonao y los Bubure.

Bubure: su habitat comprendió la región situada entre la Cordillera Oriental y Maracaibo. Iguales en idioma y costumbres a los Burede y Caonao.

Caonao: Localizados en el valle del río Cesar, convivían con los Burede. Altos, fornidos, vestían gorros y mantas de algodón y cambiaban sal por oro de tribus vecinas.

Coronudos: Habitantes de la Sierra Nevada y la Cordillera Oriental, probablemente son grupos de los mismos Coronados. Tenían, para el cultivo de sus tierras, irrigación artificial por medio de la utilización de zanjas.

Dubey: Poblado el este de la región Chiriguano, en las faldas de la sierra de Perijá. Se les describe como antropófagos y gente de poco provecho.

Guiriguano: También nombrados Guiriguana y Gruguana, tenían a orillas del río Cesar pequeños caseríos de diez o quince casas. Las mujeres de este grupo se adornaban los brazos y los senos con tatuajes.

Pacabuy: En la gran ciénaga, cerca de la desembocadura del Cesar, los Pacabuy vivían en grandes poblados, algunos de ellos, como Tamara (Tamararama, Tumarama) divididos en tres barrios y con más de mil casas. Pauxoto, Ixaran, Sonsepusa, Senmoa, Silano y Potome fueron otros pueblos de estos indígenas. Eran orfebres y trabajaban el oro utilizando yunques y martillos de piedra dura y sopladores de cañas de tres dedos de grueso, y dos palmas de largo. Usaban balanzas hechas de madera negra o de hueso.

Samirua: Localizados al sur de los Guiriguano, en cuatro o cinco poblados.

Sondagua: (Condagua, Cendagua). Habitantes de las riberas del Magdalena, pasando la región de los Pacabuy. En la orilla derecha del río tenían los pueblos de Zomico, Sonsilloa y Sopachay; enfrente a este último, en la orilla izquierda, estaba el pueblo de Suandi o Suyandio. Los hombres andaban desnudos y las mujeres con delantales de algodón tejido y adornadas con tatuajes aplicados con espinas o afilados pedernales, introduciendo en las heridas carbón molido. Eran navegantes y tejedores de cestos; utilizaban flechas envenadas. En la casa ceremonial de Zomico, encontraron los españoles un indio muerto, metido dentro de un ataúd de madera y rodeado de un cercado cuadrado de cuarenta pies de ancho, formado por postes de color rojo con tallas de rostros humanos; entre poste y poste iba una manta pintada y fuera del cercado había dos canastos con cortezas y resinas aromáticas, arcos y flechas y un canasto con dos pectorales, un collar, una taza, un peine, zarcillos y manillas de oro.

Tupe: En 1532 se mencionan en la región de Valledupar y en 1583 en el lugar llamado Pasos del Adelantado. Una de sus poblaciones se llamaba Sanparalagua. Como subtribus dependientes tenían a los Cayare e Itoto; con éstos últimos y con los Caricahile se aliaron para rebelarse contra el dominio español en 1583 los caciques Usipano, Cocane Yuta, Coronaimo, Coropemeyme, Curuyaimo, Curunaimo y Chiriayno.

Del siglo XVIII datan otros documentos y escritos con datos sobre tribus de la zona en referencia, que son las siguientes:

Acanayutos: Localizados en Becerril y vertientes de la sierra de Perijá, eran cultivadores de maíz y yuca. Aliados de los Tomoco, quizás fueran uno de los grupos llamados Motilones actualmente.

Alcoholados: Desde las montañas de Garupal hasta la ciénaga de Zapatoza habitó este grupo, probablemente una subtribu de los Chimila.

Caribes: Estos indígenas poblaron la hoya del río Garupal. Hacían copas con las calaveras de sus enemigos y flautas con los huesos.

Pampanillas: De las sabanas de Zapatí y Zapatoza, eran pacíficos y tenían iguales costumbres a las de los Chimila y Acanayuto.

Tomoco: Llamados también "orejones", son una tribu pacífica que en el siglo XVIII habitaba las riberas del río Cesar. Los hombres iban desnudos, adornados con pintura roja, Coronas de plumas, narigueras y orejeras de oro. Practicaban la antropofagia y eran cultivadores de maíz y yuca. Flechas de madera o de dientes de tiburón, con veneno en la punta, eran sus armas. Tenían una casa ceremonial con un ídolo vestido de hojas y plumas y armado de arco y flecha, alrededor del cual bailaban y bebían, descansando luego en bancos de madera.

Su nombre Tomoco, según Nicolás de la Rosa (12, pp. 291) "significa Mocos de Oro", porque rota también la ternilla de la nariz, trenzaban por ella otra chaguala mayor; y algunos se ponían un canutillo también de oro".

LAS CULTURAS DEL SUR DE SANTA MARTA

Reichel-Dolmatoff (21, pp. 99) menciona las siguientes tribus de la región al sur de Santa Marta, entre la Sierra Nevada y la Ciénaga Grande:

Agrias: Sólo tenemos el dato de que los hombres eran grandes y hermosos y las mujeres chicas y feas.

Argollas: Deben su nombre a las argollas de oro con que se ceñían el cuerpo.

Orejones: Desde pequeños se horadaban las orejas y allí se introducían elementos que les daban formas de platillos.

Caribes: Lozanos, blancos y bien fornidos; eran cultivadores de maíz y no poseían oro. Se les llamó así por su belicosidad, no por antropófagos.

LA CULTURA CHIMILA

Ocupó esta cultura un extenso territorio entre los ríos Magdalena, Cesar y Ariguaní Reichel (21, pp. 104) recopiló sobre ellos los siguientes datos: la población era muy densa (10.000 en 1758) y se caracterizaron por su agresividad. Se pintaban con achiote, llevaban los hombres penestuches de calabazo, tenían varias mujeres y a los recién nacidos les cortaban el cordón umbilical de un golpe con dos piedras. Cultivaron el ñame, la yuca, el maíz y la batata y sus armas fueron el arco y las flechas, que llevaban en un carcaj.

LA CULTURA MALIBU

Los Malibú (21, pp. 105—108) vivieron en las riveras del Magdalena y a la orilla de las lagunas, entre Tamalameque y Tenerife. Ocuparon la región de Mompós y se cree que pudieron extenderse al norte, hasta Cartagena, identificándose con los Mocaná. Se dividían en dos grupos: los Malibú del río cuyas principales poblaciones fueron Tamalameque, Tamalaguataca y Nicaho, y los de las lagunas, pobladores de Senpeheguas, Panchique, Sopotí, Zopatoza, Simichagua y Soloba. Los Malibú del río son los mismos Sondagua.

Eran cultivadores de yuca amarga y de yuca dulce, de la cual sacaban la chicha; tejían esteras y comerciaban con la caraña y el achiote, respectivamente una resina y una semilla de color rojo, que servían como adorno, aplicados el uno sobre la otra. Los hombres llevaban como vestidos algunas cuentas blancas de hueso, ensartadas en hilos de algodón; las mujeres usaban delantales de telas de algodón. Se adornaban con narigueras, pintura de achiote y tatuajes hechos introduciendo carbón molido en heridas causadas con afiladas cañas.

Sus canoas las fabricaban de troncos de diez metros de largo y sus armas fueron el arco y las flechas envenenadas con zumo del manzanillo. La herencia pasaba de padres a hijos y el poder estaba en manos de caciques a quienes se pagaba un tributo en trabajo. Los sacerdotes estaban encargados de conseguir buenas cosechas, que se celebraban con grandes fiestas en las cuales se cosumía mucha chicha; también tenían la función de curanderos, por medio de la imposición de manos y el soplo. Para conseguir una muchacha en matrimonio, el joven debía pagar al padre o pariente más cercano, sus mejores joyas de oro.

CULTURA MOCANA

En la región limita por el Canal del Dique, el río Magdalena y el Mar Caribe, habitaron los Mocaná, indígenas que hablaban la lengua Karib y venían de la costa venezolana, entre Maracapaná y Caracas.

El antropólogo Aquiles Escalante efectuó un estudio etnohistórico sobre esta cultura (14), en el cual reconstruye la vida indígena dentro de su medio socio—geográfico, basándose en información de cronistas. Escalante resume su minucioso trabajo de la siguiente manera: (14, pp. 140—146).

“Desde el punto de vista arqueológico, esta es la situación del departamento del Atlántico: a una prolongada época formativa siguió un período de ocupación por parte de los Carib, para generar una cultura especial con la cual entraron en contacto los conquistadores españoles y la negrería que les siguió.”

Las conclusiones de la arqueología sistemática coinciden con las afirmaciones de los cronistas. Según Fray Pedro Simón, los Mocaná, navegantes intrépidos, habían llegado en grandes piraguas de la región comprendida entre Maracapaná y Caracas, Venezuela.

Físicamente, eran de mediana estatura, cuerpos flexibles y bien desarrollados; hombros anchos, pies pequeños y piel impregnada de buena dosis de melanina. Cabellos y ojos negros, con el blanco de los ojos algo turbio y revestido del inseparable pliegue mongoloide. Al nacer ostentaban la mancha pigmentaria congénita. Los Carib eran altivos; cuando estaban calmos tendían a la melancolía, pero cuando se encolerizaban eran truculentos y vengativos.

Excepción hecha de la cubierta vegetal originaria, las condiciones del medio geográfico eran iguales a la de nuestros días. El promedio anual y el régimen pluviométrico permiten asegurar una cosecha anual en los sitios más secos, que generalmente son las regiones vecinas del mar. Ubicados junto al mar heredero de su nombre, al río Grande de la Magdalena y diversas lagunas, elementos naturales que les proporcionaban fácil y abundante alimentación y al mismo tiempo les facilitaban sus transacciones comerciales, es de explicarse que la densidad de población del departamento del Atlántico durante la época prehistórica fuera relativamente alta. Estas presunciones geográficas han sido confirmadas por los abundantísimos yacimientos arqueológicos repartidos por todos los rincones de nuestro Departamento y por los datos de los cronistas.

Los poblados Mocaná estaban protegidos mediante muros de árboles dispuestos intrincadamente, con el objeto de protegerse contra las agresiones y enviar nubes de flechas a sus enemigos sin ser vistos por los atacantes. Se trata de un elemento característico del Norte y Nordeste del continente; probablemente fueron los Arawak quienes introdujeron estas fortificaciones, que pronto fueron adoptadas por los Carib, sus seguidores.

Los Mocaná hablaban diferentes dialectos, pero se entendían; Rivet considera a los Mocaná como una tribu de los Malibú, familia lingüística

que comprendía tres tribus: los Pacabuy y Sompallón, o Malibú de las lagunas; los Malibú del río Magdalena y los Mocaná.

Mediante lazos y trampas atrapaban codornices, torcazas, terreras, cubanitas y otras aves; su dieta alimenticia la completaban con ostras y lo que les ofrecía la pesca en el mar, en el río y en las lagunas. Se dedicaban a la caza del zahíno, ñeque, armadillo, guartinajas, hicoteas, iguanas, etc. En las distintas épocas del año, la naturaleza les regalaba apetitosas frutas, como caititos, guanábanas, anones, hobos, guayabas, papayas, mamones y piñas.

La base alimenticia era el maíz, del cual preparaban pan y chicha; entre los tubérculos utilizaban la batata y la yuca, de la cual obtenían el casabe. Se beneficiaron de las bondades del tomate y para condimentar usaban sal marina y ají; la carne y el pescado los preservaban salándolos o ahumándolos. Los utensilios más comunes para la preparación de los alimentos fueron la piedra de moler maíz, los morteros, ollas de barro, catabres y pilones.

El indígena del Atlántico era frugal; fumaba y mascaba el tabaco, el cual mezclaba con ciertas substancias. Se emborrachaba con chicha, de ordinario y cuando participaba en ceremonias especiales, como las matrimoniales.

Los Mocaná eran portadores de una cultura agrícola, lo que está atestado por la abundancia de piedras de moler y restos de alfarerías. El desarrollo de la agricultura fue posible gracias a la bondad de los suelos y la repartición de las lluvias. En Tubará construyeron terrazas artificiales, para evitar la erosión y conservar la humedad del suelo. Para sus labores agrícolas tenían en cuenta la repartición de las lluvias. Quemaban la tierra y los únicos instrumentos agrícolas eran las hachas enmangadas y estacas de madera terminadas en punta.

Domesticaron la abeja, para deleitarse con la miel y aprovechar la cera, entre otras cosas, para la manufactura de las cabezas de las gaitas.

Desde el período Formativo se utilizaba el algodón, fibra textil de origen vegetal que permitió el desarrollo de la manufactura de los textiles, mantas y hamacas. La hamaca debió originarse en las zonas húmedas del Orinoco—Amazonas y es un elemento cultural ausente de las regiones andinas.

Las mujeres se ceñían a las caderas una cuerda delgada para sujetar una mantelina de algodón, que podía ser blanca o decorada con achiote, añil o brasil, para lo cual usaban rodillos de arcilla. El hombre iba totalmente desnudo, protegido mediante un estuche pénico de caracol de mar, totumo o metal (oro o tumbaga); se trata de un elemento cultural característico de las tribus Carib del litoral de Venezuela y Colombia. Para defenderse de la fuerte radiación solar y del aguijón de los mosquitos, algunos se revestían el cuerpo con una mezcla de achiote y grasa.

Adornarse para despertar interés del sexo opuesto, es una práctica tan vieja como el hombre. Los Mocaná usaban collares alrededor del cuello, en las muñecas, en la cintura y alrededor de los tobillos. Para las cuentas utilizaban arcilla, dientes, huesos humanos o de animales, conchas y cantos rodados, que perforaban y modelaban mediante dispendioso proceso de frotación; algunos las usaban de oro o tumbaga.

Gracias a los datos de los cronistas, sabemos que los indios Caramari se cortaban el cabello y las indias los llevaban largo y tendido. Eran imberbes y los escasos pelos que les salían se los rasuraban mediante tenacillas, las que les servían para cortarse el cabello hasta la mitad de las orejas. Por razón de elegancia, se perforaban las narices y las orejas para introducirse sus pendientes.

Los Mocaná utilizaban las conchas marinas y ejes de caracoles, para la fabricación de objetos ornitomorfos y zoomorfos; como raspadores y pulidores se valían de los dientes de tiburón y usaban huesos largos de venado para fabricar flautas.

Las tecnologías de los alfareros de Malambo, Carreto y Mahates (Bolívar) son las mismas de los Mocaná, pero la de éstos era más rica en tipos y estilos. La alfarería era una actividad femenina y se elaboraba con fines domésticos, para usos funerarios, volantes de huso, figurinas y rodillos decoradores de tela o de cerámica.

En los dominios Mocaná no existían vetas auríferas; el más atractivo de los metales preciosos se lo proporcionaban los Tairona, los Finzenú, Panzenú y especialmente los Zenúfana del norte de Antioquia, en cuyas posesiones los españoles fundaron las ciudades de Zaragoza y Remedios, sobre el Nechí y sus afluentes. Los indios costeños les llevaban sal marina, hamacas y chinchorros de algodón, collares de conchas marinas, tabaco, perlas y demás productos que lograban mediante activo comercio exterior, que era posible gracias a sus grandes embarcaciones. Los naturales de Soledad recibían camarones secos de las tribus del litoral del departamento del Magdalena.

Muchas de las vías terrestres seguidas por los conquistadores habían sido construídas por los indígenas; para traficar por tierra el único animal de transporte era el hombre mismo. El mar caribe y las corrientes fluviales, eran surcadas por infinidad de piraguas, embarcaciones hechas de una pieza de un solo árbol; algunas alcanzaban doce palmos de borda a borda siendo capaces de transportar más de cincuenta hombres.

A la cabeza de los poblados estaban los caciques; los más conocidos son: Carex, cacique de Bahaire; Tocama, señor de Mazaguapo y Cambayo de Mahates. Tubará fue gobernada por el cacique Morotoava y su sobrino Haro. Algunos pequeños poblados dependían de jefes de cierto poderío;

tal fue el caso de los Oca (actual Puerto Caimán); supeditados al poderoso Cipacua.

Los Mocaná vivían empeñados en constantes guerras intertribales, situación que aprovechó don Pedro de Heredia para realizar pacíficamente la conquista del Departamento del Atlántico. La más célebre era la que mantenía la poderosa y arrogante Cipacua, con los mahates del Valle de Santiago, como denominó Heredia la franja costera estrechada por la serranía de Piojó y el mar. Tratándose de incipientes organizaciones políticas, las guerras obedían más a las ambiciones personales que a finalidades políticas, fenómeno característico de estos componentes de América Nuclear. El motor era la magia imitativa, la exhibición de cráneos trofeos, preciosa fuente de prestigio. Esos cráneos trofeos sugieren la existencia de un exocanibalismo; es posible que la antropofagia tuviera carácter ritual. Cuando emprendían actividades bélicas, se tenían el cuerpo con achiote, se adornaban con penachos y coronas de plumas y otra suerte de adornos. Durante el combate formaban enormes griterías, coreadas por el estruendo de sus bocinas. Los cronistas concuerdan al reconocer la bravura de la mujer Mocaná, participe auxiliar algunas veces y otras soldado activo. Los invasores españoles sentían un profundo temor por las flechas envenenadas mediante Ptomaina, para cuya extracción se preparaba una mezcla de varios animales muertos, untando las flechas con el líquido de la putrefacción. La muerte acaecía a los tres o cuatro días, acompañada de violentos síntomas de Tétanus.

Enfermedad y magia estaban indisolublemente ligados; el hombre debía vivir en guardia contra las fuerzas circundantes de la naturaleza. El remedio ejercía su efecto, no por las propiedades terapéuticas de sus componentes, sino por las prácticas de hechicería que realizaban durante su administración. La preocupación por la muerte se manifiesta en las prácticas funerarias; el entierro es un importante aspecto de las prácticas mágico-religiosas.

En algunas partes, los conquistadores hallaron enterrados los muertos dentro de los bohíos o envueltos en hamacas y cuidadosamente embijados. En Tocagua, a los enterramientos primarios les recubrían la cara con el fondo de una vasija. Como sucede en casi todos los pueblos primitivos, entre los Mocaná el muerto continuaba teniendo necesidad de beber y cumplir todas las funciones de la vida; podía sentir y ver lo que ocurría entre los vivientes, podía estar en dos o más lugares a la vez. Para satisfacer las necesidades de carácter físico, no debía perder la posesión de sus objetos más queridos e indispensables, según nos cuenta Oviedo: “métenles de comer o de beber a los difuntos cuando los sepultan, e una escudilla e una taza, con que come e bebe el muerto; e su ropa, assi como una manta e un ceñidor, e su oro e sus joyas e su arco e flechas; e las mujeres lo mesmo, y en lugar de arco, pónenle su rueca e huso, con que hilan el algodón”.

Además de los entierros primarios, practicaban los entierros secundarios, que consistían en depositar el material óseo del cuerpo humano en urnas funerarias, una vez que desaparecían las partes blandas. En el Norte de Sur América se practicó la momificación.

En Tubará, Cipacua y Cornapacua representaban sus dioses mediante ídolos; los más importantes de las dos últimas ciudades, eran un puerco espín y patos de oro. Fuera del área andina, la vida religiosa de los indios se concentraba en el shamán, intermediario entre el individuo o la comunidad y el medio sobrenatural. Entre los Mocaná recibía la denominación de Mohán.

El complejo cultural Mocaná sufrió total modificación por la conquista española y la negrería acompañante, deteniéndose así la evolución de la herencia social de los indígenas objeto de la presente monografía”.

CULTURAL URABA—DARIEN

En la región de Urabá encontró Alonso de Ojeda un grupo de indígenas que había llegado allí, proveniente de tierras cercanas al río Darién, donde quedaba su antigua patria, la que abandonaron para librarse de la dominación española y de sus malos tratos. Llevando sus mujeres, sus hijos y sus armas, entraron a Urabá y exterminaron a sus anteriores pobladores, apoderándose del territorio.

Cieza de León (9, pp. 49) describe así a Urabá: “La tierra es doblada y por muchas partes llena de montañas y espesuras. Estará del mar del Norte casi media legua”. Y luego agrega: “La tierra es fértil, abundante de mantenimientos y de raíces gustosas para ellos y también para los que usaren comerlas. Hay grandes manadas de puercos zainos, pequeños, que son de buena carne sabrosa y muchas dantas ligeras y grandes; algunos quieren decir que eran de linaje y forma de cebras. Hay muchos pavos y otra diversidad de aves, mucha cantidad de pescado por los ríos. Hay muchos tigres grandes los cuales matan algunos indios y hacían daño en los ganados. También hay culebras muy grandes y otras alimañas por las montañas y espesuras, que no sabemos los nombres; entre los cuales hay los que llamamos pericos ligeros, que no es poco de ver su talle tan fiero y con la flojedad y torpeza que anda” (9, pp. 50).

Sobre el aspecto y la vestimenta de los indígenas, el cronista apunta que son “todos generalmente dispuestos y limpios y sus mujeres son de las hermosas y amorosas que yo he visto en la mayor parte de las Indias que yo he andado” (9, pp. 50). Más adelante lo reitera al escribir: “Las mujeres andan vestidas con unas mantas que les suben de las tetas hasta los pies, y de los pechos arriba tienen otra manta con que se cubren. Précianse de hermosas, y así, andan siempre peinadas y galanas a su costumbre. Los hombres andan desnudos y descalzos, sin traer en sus cuerpos otra cobertura ni vestidura

que la que les dió natura. En las partes deshonestas tenían atados con unos hilos unos caracoles de hueso o de muy fino oro". La ropa que usaban era de algodón y se adornaban con joyas de oro y de cuentas menudas. Los españoles los despojaron de campanas, platos y adornos de oro fino.

Vivían estos indígenas en pequeños poblados de viviendas a manera de ramadas largas, dentro de las cuales colgaban las hamacas para el descanso. Los gobernaban caciques que eran obedecidos y temidos; el sistema de herencia era patrilineal y el de matrimonio la poliginia, siendo aceptada la unión entre tío y sobrina. Una de sus actividades era el intercambio comercial con otros grupos, en el cual ellos daban sal, pescado y pecarís, a cambio de ropa y oro.

Usaron como armas grandes arcos hechos de palma y largas y agudas flechas de punta envenenada. El veneno, tan potente que mata al penetrar en la piel, "aunque no sea la sangre más de cuanto sacarían a un hombre picándole con un alfiler", lo obtenían haciendo una masa con raíces de manzanillo cocidas y hormigas ponzoñosas; también con arañas, sapos, culebras y manzanas venenosas (9, pp. 52).

Cuenta Cieza que "no tienen casa ni templo de adoración alguna, ni hasta agora se les ha hallado más de que ciertamente hablan con el diablo los que ello señalan, y le hacen la honra que pueden, teniéndolo en gran veneración; el cual se les aparece (según yo he oído a algunos de ellos) en visiones espantables y temibles, que les pone su vista gran temor". (9, pp. 53).

A la muerte de un señor importante, el ritual funerario comenzaba con la reunión de todos los amigos y criados en la casa del muerto y allí, en la oscuridad, bebían chicha de maíz llorando al difunto. Luego depositaban en la tumba el cadáver con sus armas, sus joyas, comida y bebida para la vida del más allá, y también algunas de sus mujeres, quienes para acompañarlo, eran enterradas vivas (9, pp. 53).

CULTURA TAIRONA

Entre las diversas culturas que habitaron el territorio colombiano en época, historiadores y antropólogos han clasificado tradicionalmente a los Tairona, junto con los Muisca, como los más adelantados. La densa población, la fertilidad de los suelos unida a una eficiente explotación y el poseer un sistema religioso integrado, la diversificación social, la cohesión política más amplia que la de los simples cacicazgos, son características que colocan a estos pueblos en el ápice del desarrollo prehistórico de Colombia.

Los Taironas descuellan como ejemplo de la insistencia en la autenticidad, que les costó ser aniquilados bárbaramente después de un siglo de constante lucha contra el dominador. Indómitos y belicosos, no aceptaron el yu-

go español, que implicaba el renunciamiento a sus costumbres ancestrales, a su idioma, a su núcleo social y sobre todo a sus creencias religiosas que, para su infortunio, incluían en el ritual las representaciones fálicas, que esparcieron la mentalidad medieval del conquistador y del misionero.

Por su desarrollo económico que incluyó trabajo agrícola eficiente y un excedente de producción que permitió el comercio interno y externo, por su arquitectura adelantada a la de sus contemporáneos, por su poblamiento nucleado en villas y ciudades y por su unidad étnica, lingüística y religiosa, los Tairona están considerados como uno de nuestros clásicos regionales.

De esta cultura, en la época de la Conquista, tenemos una completa recopilación e interpretación hecha por Gerardo Reichel-Dolmatoff (21, pp. 58—97), de la cual obtuvimos los datos que a continuación presentamos.

Localización: Los Tairona eran sólo una pequeña tribu que habitaba en las hoyas del río Don Diego, Buriticá y Guachaca, en la vertiente norte de la Sierra Nevada. Pero después del año 1.600, cuando terminó la conquista de las tribus vecinas a Santa Marta, se empezó a llamar Tairona a todos los grupos de la Sierra, luego se generalizó la costumbre y hasta hoy perdura. La palabra "tairona" significa fragua e inicialmente era el nombre de una región, cuyos habitantes se llamaban tairos. Sin embargo, hoy se da el nombre de la región a sus pobladores y se extiende la denominación a sus vecinos en un área muy extensa.

Los cronistas diferenciaban a los indios de la "tierra", o sea de las costas y regiones planas y calientes, de los indios de la "sierra". Los primeros fueron pacíficos y se sometieron a los españoles más fácilmente que los segundos. Reichel localizó los siguientes grupos: "los Tairona ocupaban las hoyas de los ríos Don Diego, Buriticá y Guachaca en la vertiente norte de la Sierra Nevada; los indios de Bonda ocupaban el valle del río Manzanares que desemboca en la bahía de Santa Marta, conectándose su habitat con el de los Tairona por las poblaciones numerosas en los valles de los ríos Jordán y Piedras; los indios de la costa de Santa Marta ocupaban la bahía del mismo nombre y la región de Gaira y Durcino al sur, y otro grupo indígena posiblemente identificable con el anterior ocupaba las bahías de la costa septentrional entre Santa Marta y Dibulla, donde limitaba con la tribu de los Guanebucán. Los indios de la Provincia de Betoma y de Pocigueica forman otro grupo aparte de los de Bonda y de los Tairona propiamente dichos.

Aspecto e indumentaria. Se les calificó de gente sana, crecida y lucida, de buen entendimiento. Mujeres y hombres de buenos pareceres, aunque malos y soberbios.

De los indígenas de la bahía de Santa Marta se dice que andaban desnudos, o con penestuches fabricados con cañas o caracoles y mujeres con faldas de algodón, en 1514. A mitad del siglo dieciseis los describen vestidos

de algodón; a principios del siglo XVII los hombres llevaban camisones de algodón y las mujeres faldas del mismo material; ambos se cubrían con mantas pintadas que algunas veces llevaban entretejidas piedras preciosas.

Se adornaban hombres y mujeres, pero principalmente éstos, con collares de hueso, de concha y de chaquira, diademas y penachos de plumas, pintura roja de achiote, pieles de animales y aderezos de oro que les cubrían de la cabeza a los pies: diademas, narigueras, orejeras, collares, brazaletes, pectorales, bezotes y ajorcas. Pulían y horadaban piedras semipreciosas, como jadeítas, cornalinas y cuarzos de diversos colores, para formar cuentas de collares. De plumas de papagayos, pavos y otras aves, llevaban las mujeres grandes tocados que les caían a la espalda, y se refrescaban con abanicos de pluma y palma.

Poblamiento y arquitectura. La región estuvo densamente poblada; se mencionan centenares de poblaciones y ciudades, algunas con mil casas grandes. La tierra "hervía de naturales" y se reitera la expresión de "poblada" y "pobladísimas".

Pocigüeyca, Bonda y Taironaca se mencionan como las ciudades más importantes. La primera era la capital o ciudad principal, la más rica; quedaba en la región entre las cabeceras de los ríos Córdoba, Mendiguaca y Don Diego, a dos leguas del mar y con clima fresco. Bonda se encontraba en las actuales sabanas de Limón o de Terán. Taironaca estaba localizada en las márgenes del río Don Diego, ya en tierra templada.

Los grandes centros poblados y la arquitectura lítica, son las características más destacadas de la cultura Tairona, pues ninguna otra alcanzó tal desarrollo en cuanto a realizaciones materiales. Taironaca tenía plazas triangulares, de grandes lajas y con casas grandes en las esquinas, donde moraban los caciques principales y que podían albergar cómodamente trescientas personas. Las calles estaban bien trazadas y para llegar a ella se ascendía por una gran escalera de losas. Las casas estaban construídas con madera y techo de paja, pero calles, escaleras y plazas eran de grandes piedras.

Las poblaciones estaban comunicadas por anchos caminos de piedra y por escaleras hasta de novecientos escalones. Además la arquitectura lítica Tairona comprende albercones para depósitos de agua y canales de conducción para el riego. Construcciones especiales, formadas por el escalonamiento de las laderas de las lomas, servían para contemplar desde allí las fiestas y competencias que se celebraban abajo, en un patio amplio y empedrado.

En las puertas de casa y habitaciones colgaban caracoles de hilos delgados, para que sonaran con el viento. Los muebles eran de caña y con fibras vegetales y algodón tejían esteras y tapetes, que llevaban figuras de felinos y aves.

Economía: Con agricultura practicada a base de irrigación artificial, cultivaron maíz, frijol, calabaza, yuca, batata, ñame, ahuyama, ají, algodón y gran variedad de frutas, como manzanas, mamones, guayabas, ciruelas, aguacates, piñones, guamas y guáimaros.

La pesca fue importante actividad en la región septentrional y entre Santa Marta y Ciénaga se explotaban salinas. Criaban papagayos, guacamayos y tominejos para utilizar sus plumas en adornos y tocados, también abejas para obtener miel y perros mudos para engordarlos y comérselos.

Sus alimentos principales eran el maíz, la yuca, el pescado, las frutas y la miel.

En manufacturas se destaca el trabajo en tejidos de algodón. Tanto hombres como mujeres se dedicaban a esa labor. También fueron alfareros y sus vasijas de barro tenían gran variedad en las formas y decoración con pintura. Ya nos referimos a la espartería al hablar de las esteras pintadas y tejidas; también fabricaban canastas.

En cuanto a la orfebrería, que tuvo en la población de Bondigua las más grandes fundiciones, los Taironas se destacan por el dominio de las técnicas y la variedad en las formas. Para la fabricación de las piezas utilizaron la fundición, el martillado y principalmente el método de la cera perdida. Para lograr que los objetos de tumbaga, mezcla de oro y cobre, quedaran con el color del oro fino, recurrieron al dorado por oxidación, sistema en el cual se logra la oxidación del cobre de la superficie, mediante el frotamiento, en caliente, con el sumo de las hojas de la hierba llamada "chulco" (*Oxalis Pubensis*). El estilo, de formas y diseños complejos, con énfasis en la ornamentación y preciosismo en los detalles de acabado, es exuberante y definido; los temas, indudablemente religiosos y míticos, nos muestran un fantástico universo de figuras antropomorfas y zoomorfas; la función, también religiosa, fue igualmente social al denotar prestigio y estética al embellecer los cuerpos de hombres y mujeres.

Las relaciones comerciales se efectuaron interna y externamente. Los grupos de la Sierra daban oro y mantas a cambio del pescado y la sal de los costeros. Las esteras, los collares de oro y cuentas de piedras semipreciosas, sirvieron de elementos de trueque con otras culturas, inclusive con las de las tierras altas de Cundinamarca y Boyacá, de donde llegaban esmeraldas a la Sierra Nevada.

Organización socio-política. Son muy escasos los datos sobre organización social y política de los Tairona. Sabemos que se gobernaban por caciques y que dentro de ellos existían jerarquías, puesto que en la ciudad de Bonda cada uno de sus cinco barrios tenía un cacique, y todos ellos debían acatamiento a un señor principal.

Henning Bischof (7, pp. 499) anota que: "En realidad, el carácter sobresaliente del área de la cultura Tairona ha sido su particularismo político muy pronunciado, arraigado en grupos locales cuyas autoridades políticas residían en algún pueblo central donde al parecer también se concentraba la mayor parte de la población. La falta de datos sobre su estructura interna (administración, jurisdicción, impuestos, etc.) lo hace difícil clasificar estas comunidades positivamente como "estados", pero no cabe duda que en todo lo referente al cambio de la política exterior sus autoridades siempre actuaban como representantes de estados soberanos, estableciendo tratados, confirmando la paz, o declarando la guerra según los intereses particulares de la comunidad".

Existía una marcada división en clases sociales y en lo civil los españoles emplearon los términos "cacique", "capitán" y "mandador", para denominar las diferencias jerárquicas. En la Provincia de Betoma, doscientos cincuenta pueblos obedecían al cacique Guacandoma. El término "naoma" para Reichel significa sacerdote y para Bischof (7, pp. 503) cacique principal.

La sociedad mantenía a los ancianos incapacitados, proporcionándoles cada día bollos de maíz y chicha, hasta el momento de la muerte. También castigaba a los perezosos, poniéndolos a tejer mantas en la casa ceremonial, donde se guardaban herramientas para ser prestadas a cada uno de los "barrios" para la ejecución de los trabajos comunales.

Aunque fueron gentes duras para la guerra, los Taironas no lograron oponer al conquistador una resistencia organizada. Utilizaron el sistema de guerrillas, que les daba ventajas por su conocimiento del medio ambiente; pocas veces se presentaron formando un batallón numeroso y compacto como cuando atacaron a García de Lerma en Picigueica con veinte mil hombres. La ausencia de caudillos que unificaran las fuerzas de los diversos grupos, fue una de las causas de la derrota total de este pueblo.

En lo militar existieron también categorías: los guerreros más valientes, llamados Manicatos, llevaban colgada de la cintura, a la espalda, una larga cola de cabellos como indicación de su prestigio, lo que les valió de los españoles el apelativo de "Rabones". En canto a prácticas antropofágicas, los indígenas de la "tierra" comían carne humana, colocaban en las puertas de sus casas calaveras a modo de trofeos y lucían en sus collares los dientes de sus enemigos. A los Tairona, concretamente, el único pecado del que no se les acusa es el de la antropofagia.

Referente a la organización familiar, sabemos que practicaron la poliginia y cada hombre tenía cuantas mujeres podía sustentar. A la llegada de la primera menstruación la doncella era encerrada un tiempo y luego el pretendiente pagaba un precio en oro, tejidos y otros objetos, para poder desposarla, con el derecho de regresarla a sus padres si no le satisfacía. Para los muertos existieron diversos rituales funerarios: entierro en urnas o en tum-

bas de pozo, de los huesos secos o quemados, con acompañamiento de armas, alimentos y joyas. Bebían la grasa resultante de la cremación del muerto y a algunos de ellos los enterraban con sus mujeres y sus esclavos.

Acostumbraron competencias recreativas de alzamiento de grandes piedras y ejercicios de flechamiento de unos contra otros, en los escenarios de sus teatros al aire libre, ya descritos. En las fiestas y ceremonias consumían chicha como bebida embriagante y como instrumentos musicales utilizaron tambores, flautas hechas con huesos humanos, cornetas y trompetas de caracoles marinos.

Religión. Es muy escasa la información sobre la religión de los Taironas. Rendían culto a las estrellas, adjudicándoles identidades masculina o femenina y suponiendo en ellas relaciones carnales; adoraban a un niño nacido de una virgen, el cual permanecía debajo de la tierra, sin crecer ni menguar. Entre sus mitos figuraba el del diluvio.

Contaban con casas cremoniales y con centros religiosos a donde acudían en romería a solicitar beneficios de sus dioses. Allí oficiaban sacerdotes, hechiceros y agoreros que adivinaban por el vuelo de las aves y habían recibido instrucción en un aprendizaje de dieciseis a veinte años, encerrados en casas especiales, sin ver la luz del día ni las mujeres y sometidos a ayunos. La celebración de las cosechas era ocasión de fiestas matizadas con chicha, danzas y lucimiento de vestimentas, plumería y adornos de oro; las mujeres llevaban mantas blancas y muchos collares y cuentas en el cuello, piernas y brazos.

Practicaban relaciones homosexuales en los templos y las representaciones fálicas fueron corrientes en esta cultura. Por ello Simón la califica como la más deshonestas de las naciones de estas tierras.

Aunque carecemos de datos históricos sobre su universo mágico-religioso, pues la información disponible es ínfima, podemos suponer su complejidad y su riqueza mediante la observación de la cerámica y la orfebrería rescatadas en las excavaciones arqueológicas, donde la variedad de formas y de temas, la fantástica configuración de los seres y la fastuosidad de los atuendos, nos hablan de un sistema de creencias elaborado y esotérico, de latente poesía e intrincado simbolismo.

LA CULTURA SINU

Aunque Tairona y Muisca son las dos agrupaciones consideradas como clásico regional en el panorama arqueológico colombiano, existe otra cultura de la costa Atlántica que, según la opinión del autor de este trabajo, puede ocupar el mismo lugar que las nombradas y es la que se desarrolló en las cálidas tierras bajas bañadas por los ríos Sinú y San Jorge. La información his-

tórica que nos dan Fray Pedro de Aguado (2, Vol. IV, pp. 9—57), Fray Pedro Simón (32, Vol. II y V) y Juan de Castellanos (8, Vol. III, pp. 37—84) nos permite reconstruir a grandes rasgos la vida de este pueblo.

A treinta leguas al sur de la ciudad de Cartagena, existían las tres provincias de Zenú; llamada Finzenú la más cercana al Mar Caribe, que llegaba hasta la Serranía de San Jerónimo, Panzenú la que le seguía hasta llegar al río Cauca, abarcando principalmente el cauce del río San Jorge y Zenúfana la que alcanzaba el punto de ascenso de la montaña antioqueña.

La tierra era fértil en esta región y tan pródiga allí la naturaleza que el hecho de tener el hombre al alcance de su mano frutos, granos y tubérculos, unido a la riqueza y variedad de la fauna terrestre y acuática, se supone que fue una de las posibles causas para que la agricultura se presentara tardíamente, pues es solamente en el primer milenio A.C. cuando tenemos una evidencia del cultivo de la yuca, seguido más tarde por el del maíz. Y decimos tardíamente porque en otros lugares de América, como el área mexicana, Guatemala y los Andes Centrales, se inició esta actividad con varios siglos de antelación. Sin embargo, a la llegada de los españoles, el desarrollo agrícola del Sinú era uno de los más adelantados en nuestro país: los estudios de Parsons demuestran que allí existieron camellones de cultivo en una extensión de 100.000 hectáreas en la región del río San Jorge, o sea en la provincia de Panzenú. Se supone que el territorio trabajó para que la agricultura sea aun mayor y que los suelos fueron abonados para aumentar su fertilidad.

En cuanto al pueblo que habitó la región, sabemos que su organización política comprendía numerosos cacicazgos menores, sometidos a la autoridad de tres grandes señores, hermanos entre sí, los caciques de Finzenú, Panzenú y Zenúfana. En Finzenú gobernaba una mujer, cacica poderosa quien, al igual que sus hermanos, era llevada en andas por sus servidores y dormía en hamaca tejida y pintada y al lado de ella “hacía durmiesen en el suelo dos doncellas, para apoyar su pié al bajar a tierra”. El señor de Zenúfana había ordenado que los más importantes caciques tributarios, fueran enterrados en Finzenú, con todas sus riquezas, como un homenaje a su hermana. Nos encontramos pues, ante una organización política unificada, puesto que el poder estaba concentrado en los tres hermanos y esta relación consanguínea de mandatarios nos indica que lo debieron recibir como herencia y por lo tanto, es lógico suponer que la autoridad estuvo en la generación anterior, representada por un solo soberano. Tenemos entonces el sistema de gobierno más sólido de todos nuestros pueblos, el que más se asemeja a un Estado, puesto que a ello hemos de aludir la gran extensión territorial, la economía con excedentes disponibles para el comercio interno y con los grupos vecinos, principalmente de oro, mantas y sal, además de las guerras de conquista, dirigidas por un jefe militar, quien estaba al mando de las tropas para mantener el dominio de sus tierras y para acrecentar su extensión.

El desarrollo material estuvo a la altura del de los Muisca y Taironas. Tuvieron pueblos cuyo trazado de calles, casas, plazas y templos indicaba un planeamiento preliminar y su arquitectura era de adobe, elemento que combinaron con la madera para formar la estructura de sus viviendas, sobre la cual colocaban los techos de paja. Los Muisca tenían casas de bahareque y los habitantes de la Sierra Nevada de Santa Marta tuvieron muros de contención, acueductos, escaleras y bases de vivienda en piedra, pero sus casas fueron de madera, barro y paja. De las viviendas de los Sinú dicen los cronistas que "cada una de éstas tenía a la redonda de sí tres o cuatro donde tenían sus graneros, gente de servicio y lo demás de sus haciendas" (32, Vol. 4, cap. XX).

El trabajo del oro, la alfarería y los tejidos alcanzaron en manos de la gente del Sinú un desarrollo técnico y artístico de gran calidad, como lo evidencian las numerosas piezas que guardan hoy museos y colecciones. Heterogénea y rica en formas y decoración, la cerámica nos muestra la diversidad de los muchos cacicazgos sujetos al poder central; aún no clasificada ni estudiada, será fundamental para el mejor conocimiento de este pueblo. En los objetos de orfebrería tenemos una mayor unidad de estilo, aunque también encontramos diferencias por zonas, como lo hizo notar Reichel — Dolmatoff en sus trabajos, que sitúan a Betancí como el lugar del florecimiento de lo que hoy se denomina estilo Sinú.

El mundo mágico—religioso del pueblo Sinú lo conocemos a través de los escasos datos de los cronistas, quienes detallaron las realizaciones materiales relacionadas con el culto, pero poco se preocuparon por el sistema de creencias, deslumbrados por el oro y ofuscados por lo que llamaron "el culto al diablo". Pedro Simón nos dice que tenían sacerdotes llamados "mohanes" que "daban al pueblo sus respuestas de lo que consultaban al demonio con grandes supersticiones y hechicerías en que estaban tan aferrados que no ha sido bastante la Doctrina evangélica y maestros de la fe que los han enseñado para desarraigárselas hata hoy".

El culto religioso se desarrollaba en templos, descritos así por Juan de Castellanos:

*"Y en una plaza vieron en la esquina
un grande y espacioso santuario
tan capaz que tenía cumplimientos
para dar a mil hombres aposento.*

.....
*Idolos veinticuatro vieron altos
todos como grandísimos gigantes
de madera labrada lo intestino
y lo de fuera hoja de oro fino.*

*Tenían cada cual puesta tiara
o mitra de oro puro, bien tallada
de dos en dos tenían una vara
sobre sus anchos hombros travesada.*

*Cuyas posturas son cara con cara
y una hamaca de bastón colgada
en las cuales hamacas recibían
el oro que los indios ofrecían” (8, Vol. III, pp. 61).*

No sabemos qué representaban esos ídolos, pero el ritual incluía también figuras zoomorfas, pues Simón relata que “los mohanes sostenían el culto de toda suerte de animales, de diversas materias pero en especial y más comunmente de oro. . .”.

Dioses y templos fueron destruídos y el oro fundido en lingotes y enviado a España, “para quitarles a los indígenas esa abominable costumbre de la idolatría”. De la misma manera se profanaron las sepulturas, donde los caciques eran enterrados con los ornamentos de oro que usaron en vida. Las tumbas del Sinú son montículos artificiales que entonces estaban coronados por árboles, adornados en sus ramas por patenas y cascabeles de oro, que el viento hacía sonar.

Si unimos ahora los rasgos anteriores expuestos, encontramos una cultura caracterizada por una cohesión política más amplia que la de los cacicazgos, una unidad étnica y territorial, un poblamiento denso y nucleado, una arquitectura adelantada a la de sus contemporáneos, una eficiente explotación del suelo, una religión integrada y unificada en el complejo sacerdote—ídolo—templo, un comercio interno y externo y una organización militar con guerras de conquista. Aunque desconocemos lo relativo a organización social y familiar e ignoramos totalmente sus mitos y creencias, es suficiente el panorama expuesto para reclamar para esta cultura un lugar en el más alto escalón del desarrollo de nuestros antepasados indígenas.

Finzenú, Panzenú y Zenúfana, considerados como la cultura arqueológica del Sinú, deben clasificarse en los estudios históricos y antropológicos como uno de nuestros clásicos regionales, al lado de Muisca y Tairona.

LAS CULTURAS INDIGENAS ACTUALES

La mayoría de las culturas mencionadas no existen hoy. Fueron exterminadas algunas por los conquistadores españoles, otras sufrieron un total proceso de deculturación y con el mestizaje biológico sus descendientes son ahora miembros de la cultura criolla colombiana. Pero no solamente fueron las armas las que ocasionaron la muerte de los indígenas; también las enfermedades nuevas aportadas por el conquistador, exterminaron gran parte de

la población aborígen, lo mismo que el trauma síquico resultante del violento choque del enfrentamiento de dos mundos. La imposición de pesados trabajos en minas y haciendas, el desmembramiento de la unidad familiar por las mitas, el despojo de tierras y la imposición de una lengua, una religión y unas costumbres extrañas, desintegraron las instituciones indígenas y llevaron a la extinción física y cultural de los pueblos precolombinos.

Algunos grupos de la Costa Atlántica lograron sobrevivir. La cultura Guajira se conserva aún en las desérticas tierras de la península, adaptada a un nuevo sistema económico basado en la ganadería y con un sinscretismo religioso unido a transformaciones y cambios de costumbres, pero conservando una unidad étnica, social y política.

En la Sierra Nevada de Santa Marta los tres grupos denominados Arhuacos: Kogui, Ijca y Sanká, en gran parte deculturados, luchan por una reivindicación de sus tradiciones y de sus derechos. Un pequeño grupo de Chimilas agoniza en las cercanías de la Sierra Nevada y en la Sierra de Perijá, los Motilones Yuko de lengua Karib soportan la agresión cultural del avance de colonos y petroleros, en tanto que los Motilons Bari de lengua Chibcha tratan de resistirse a ella.

En el territorio donde floreció la cultura Sinú, queda hoy apenas un grupo deculturado de indígenas Emberá, provenientes del Chocó. Y en el Golfo de Urabá, en Cuti, Arquia y Caimán Nuevo, habitan unas cuantas familias Cuna.

El estudio etnográfico de estas culturas sobrevivientes se sale de los límites de este trabajo. Realizado en parte en diversas monografías y artículos, debe ser el objetivo de futuras investigaciones.

BIBLIOGRAFIA

1. ACOSTA, JOAQUIN. Historia de la Nueva Granada. Bolsilibros Bedout. Medellín. 1971.
2. AGUADO, FRAY PEDRO DE. Recopilación Historial. Biblioteca de la Presidencia de Colombia. 4 Vol. Bogotá.
3. ANGULO VALDES, CARLOS. Arqueología de Tubará. Divulgaciones Etnológicas, Vol. II. Barranquilla.
4. ANGULO VALDES, CARLOS. Evidencias de la serie Barrancoide en el norte de Colombia. 1962. Revista Colombiana de Antropología, Vol. XI. Bogotá.
5. ANGULO VALDES, CARLOS. Cultural Development in Colombia. en Aboriginal Cultural Developments in Latin America: An Interpretative Review. Smithsonian Institution. Washington.
6. ATLAS DE ECONOMIA COLOMBIANA. Primera entrega. Aspectos físico y geográfico. Banco de la República. Bogotá.

7. BISCHOF, HENNING. Die Spanisch-Indianische Auseinandersetzung in der Nordlichen Sierra Nevada de Santa Marta. (150—1—600). Bonner Amerikanistische Studien. Bonn. 1971
8. CASTELLANOS, JUAN DE. Elegías de varones Ilustres de Indias. Biblioteca de la Presidencia de Colombia. 4 Vol. Bogotá.
9. CIEZA DE LEON, PEDRO. La Crónica del Perú. Espasa Calpe, S.A. Madrid. 1962
10. CORREAL URREGO, GONZALO. Exploraciones arqueológicas en la Costa Atlántica y Valle del Magdalena. Informe al Banco de la República. Bogotá.
11. CORREAL URREGO, GONZALO y VAN DER HAMMEN, THOMAS. Investigaciones arqueológicas en los abrigos rocosos del Tequendama, Municipio de Soacha, Colombia. Popular. Bogotá.
12. DE LA ROSA, JOSE NICOLAS. Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta. Biblioteca Banco Popular. Bogotá.
13. DUSSAN DE REICHEL, ALICIA. Crespo, un nuevo complejo arqueológico del norte de Colombia. Revista Colombiana de Antropología. Vol. III. Bogotá.
14. ESCALANTE, AQUILES. Los Mocaná. Divulgaciones Etnológicas. Vol. IV. No. 6 Barranquilla. 1955
15. GUHL, ERNESTO. Colombia: bosquejo de su geografía tropical. Biblioteca Básica Colombia—Instituto Colombiano de Cultura. Tomo I. Bogotá.
16. MASON, J. ALDEN. Archeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona Culture. Field Museum of Natural History, Anthropological Series. Vol. XX, Nros. 1, 2, 3. Chicago.
17. PARSONS, JAMES J. Los campos de cultivo prehispánicos del bajo San Jorge. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias. Vol. XIII. Nro. 48. Bogotá.
18. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena. Parte I: Arqueología del Río Ranchería. Boletín de Arqueología. Vol. III. Bogotá.
19. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena. Parte II: Arqueología del río Cesar. Boletín de Arqueología. Bogotá.
20. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena. Parte III: Arqueología del bajo Magdalena. Divulgaciones Etnológicas, Vol. III. Barranquilla.
21. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. Datos histórico—culturales sobre las tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta. Banco de la República. Bogotá.
22. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. Conchales de la costa Caribe de Colombia, en Actas 1954-55 del XXXI Congreso Internacional de Americanistas. Sao Paulo.
23. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. Excavaciones en los conchales de la costa de Barlovento. Revista Colombiana de Antropología. Vol. 4. Bogotá.
24. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta. Revista Colombiana de Antropología. Vol. II, III y IV. Bogotá.
25. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. Momil, excavaciones en el Sinú. Revista Colombiana de Antropología. Vol. V. Bogotá.
26. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. Reconocimiento arqueológico de la hoja del río Sinú. 1958 Revista Colombiana de Antropología. Vol. IV. Bogotá.
27. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. The Formative Stage: An Appraisal from Colombian Perspective. Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas. pp. 152—164 — San José.
28. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. La Mesa: Un complejo arqueológico de 1959 la Sierra Nevada de Santa Marta. Revista Colombiana de Antropología. Vol. VII. Bogotá.
29. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. Colombia. Thames & Hudson. Londres. 1965.
30. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO. Excavaciones Arqueológicas en Puerto Hormiga (Departamento de Bolívar). Antropología II. Ediciones Uniandes. Bogotá.

31. REICHEL—DOLMATOFF, GERARDO Y ALICIA. Momil: dos fechas de Radiocarbono.
1974 Revista Colombiana de Antropología. Vol. XVII. Bogotá.
32. SIMON, FRAY PEDRO. Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias
1953 Occidentales. Biblioteca de Autores Colombianos. 9 Vol. Bogotá.
33. SUTHERLAND, DONALD y CARSON N. MURDY. Adaptaciones Prehistóricas al ambiente
1977 litoral en la Isla de Salamanca, Costa Norte de Colombia. En este mismo volumen,
Parte I.
34. WILLEY, GORDON R. y PHILLIPS, PHILIP. Method and Theory in American Archaeology.
1967 The University of Chicago Press. Chicago.